

Antes



De la tormenta

De

Esther

Feldman

Prologo

La epoca actual es un tiempo tormentoso, en el cual luchan dos fuerzas opuestas .La luz de una conciencia elevada, cansada de lo superficial, cansada del placer limitado que deja siempre un vacio en el alma. Porque satisfaciendo los deseos temporales sensuales , nos olvidamos de nuestra esencia espiritual olvidamos al ser inmaterial que usa el cuerpo., como un instrumento y creemos ser un cuerpo, pero no ..., somos seres psicofísicos y el cerebro es materia también, pero la conciencia es un pequeno átomo inmaterial consciente de su propia existencia y está ubicado en el hipotálamo , asiento del espiritu, entre los dos hemisférios cerebrales; y desde allí mueve al cuerpo a través de mandatos que envia a las neuronas, glandulas de secreción interna etc, ya que soy yo, el ser inmaterial que créa los pensamientos que nos destruyen, o nos liberan del miedo, para enfrentar la vida con valentía.

"Antes de la Tormenta" es ahora, el tiempo actual. Por un lado el sufrimiento causado por los vicios y debilidades, pero también el más maravilloso del ciclo. Una **Era** termina y otra comienza . Pero antes de que la vieja termine, debe nacer el brote fragante del nuevo árbol, la nueva conciencia. Una conciencia más espiritual. Porque nuestra autentica naturaleza es benigna ya que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, que también es un "Espiritu" pero su poder reside en la pureza , ya que El no entra en el ciclo de **renacimientos** y viene, cuando la polución espiritual y física han llegado al máximo . Llega para purificar el mundo. Y es ahora cuando las nubes tormentosas, , cubren un cielo que debería ser: azul-iluminado. Pero no importa, la noche pasará ,y

un claro amanecer cubrirá la faz oscurecida de la Tierra. El invierno no es eterno, después del viento frío de los días gélidos, llegará la primavera, es inevitable, es una ley , espiritual-natural. Y todo cambiará. El **Mundo Nuevo**, la nueva conciencia, está renaciendo como una flor fragante cuyos pétalos se abren con la caricia del sol.

Estos cuentos se basan en vivencias personales y en la observación de seres que me rodearon y cuya conciencia enferma de : codicia, I ego ira, ambición desmedida , los ha deformado enceguciéndolos. Pero también hay humor porque no todo se han degradado hasta el mismo nivel. Hay Seres que aman la justicia, la pureza en la acción. Y en el mundo del futuro , **La Pureza será la única religión sin ateos que reinará sobre la Tierra.** Por eso la importancia de la autotransformación .Porque la taréa de Dios es purificar al mundo que se ha degradado, a través de aquellos que lo comprenden.

Y la mente de aquellos que lo comprenden al unirse con El en un acto de amor y concentración, se transforma en un lago sin oleaje donde se refleja la luz divina de Dios y sus vibraciones, purificando y fortaleciendo todo lo existente.

ESTHER FELDMAN



Capítulo I

k

Zarzamora

Era un postre exquisito de frutos cultivados en la región, y se veía apetitoso a través del cristal de las altas copas. Morado, con un copete de crema chantilly. Yo no soy golosa, ni Alfredo, ni Remigio, ni Lucas. Pero con el hambre que despierta el gelido clima de montaña, aquel postre era el sumun de la tentación. Terminamos de almorzar dos platos de sopa, cada uno y pedimos zarzamora con crema chantilly, pero nos quedamos con ganas de seguir comiendo más.

El auto ronroneaba por el bacheado camino de cornisa, peligroso, resbaladizo.

Llegamos al Bolsón al atardecer, y ya no disponíamos de tiempo para conocer el Lago Puelo, como lo habíamos programado. Por eso nos fuimos a la fábrica de dulces del Doctor Milkos, y a conocer una de las plantaciones de lúpulo.

Nuestra sorpresa no tuvo límites cuando supimos que allí mismo podíamos adquirir zarzamora baratísima.

Fue una fiesta para los ojos, cuando nos colocaron en el baul del auto, la morada fruta, que despedía un agridulce aroma.

Choreaba rojo sobre el piso del garage del hotel donde alquilamos. Y nos apuramos en descargar las bolsas y colocar la fruta en baldes que pedimos prestados. Esa noche nos hartamos de comer zarzamora, era realmente exquisita.

Contentos con la adquisición no caímos en la cuenta de que podían fermentar, si los dejábamos de un día para otro, fuera de la heladera. A Remigio se le ocurrió una idea que podía resultar. Con un embudo ponerlas en botellas y damajuanas y echarles azúcar.

Era la última tarde que pasábamos en Bariloche por lo cual anduvimos por el centro comprando chocolate y el azúcar que necesitábamos para ponerle a la zarzamora.

amarillo Yo me había puesto un pantalón huevo y un pullower blanco. Tenia ganas de lucirme, para que, no se. Mis hijos fascinados con el chocolate de Bariloche, la verdad un manjar.

Antes de volver al hotel; pasamos por una fiambreria alemana y compramos de todo para cenar. Veniamos contando chistes, contentos porque vacaciones como esas no se dan muy seguido. Ningún contratiempo, además los días, eran frios, pero asoleados y..., cuando entramos a la habitación, creí oír un chirrido pero no le puse atención . Sin embargo me pareció que el chirrido venía de donde estaban las diez botellas y las cuatro damajuanas, con zarzamora y azucar.

Me encogí de hombros, "*debe ser mi imaginación*" pensé, viendo a los chicos y a mi marido, poniendo la mesa .

Lista la mesa, nos sentamos a cenar tranquilos, ya que las valijas yacían en el baul del auto, y nosotros nos pondríamos para viajar la misma ropa que teniamos puesta.

Cuando terminamos de cenar, nos deleitamos pensando en el postre : zarzamora, con azucar otra vez. Ya lo habiamos esta devorando durante dos días: desayuno, almuerzo y cena. Pero..., qué importaba.

Me acerqué a la botella con la compotera y la cucharita de mango largo.

Para qué?, si no tuve que usarla. Al quitar el corcho; un chorro de zarzamorras saltó con tanta fuerza sobre el niveo techo, las paredes ,mi pantalón amarillo huevo, y el piso lustrado del cuarto. Me quedé petrificada frente al asombro de mis hijos y mi marido.

Lo complicado de todo esto, es que las manchas se iban oscureciendo cada vez más sobre la blanquísima pared, como si fueran de tinta.

En lo primero que se me ocurrió pensar, fué que la duena del hotel ; podía entrar por cualquier motivo. Por eso la primera en reaccionar fuí yo, la ejecutora de la brillante idea.

En el bano colgaban unas toallas: afelpadas, nuevitas. "*Nada mejor para limpiar las manchas* "pensé aturdida por el miedo.

Frotamos todos con tanta desesperación, que agujereamos los toallones. Qué hacer?.

Por la mañana vendría la señora que limpiaba para llevárselos y cambiarlos .

Qué hacer?. Esconderlos, tirarlos?. Seguro que nos tomarán por ladrones. Seguro, y cuando vean las manchas como de tinta en las paredes clarísimas, conociendo nuestra dirección en Buenos Aires, seguro nos demandarían por danos y perjuicios.

Miré angustiada mi conjunto de angora blanco recién estrenado, con manchas negras igual que el pantalón, amarillo huevo., y aunque pensé que estaban irremediablemente perdidos, decidí lavarlos para que no se notara tanto; ya que no disponía de otra cosa para ponerme. Las valijas estaban en el baul, y no queríamos llamar la atención yendo y viniendo. Así en silencio , pasábamos desapercibidos.

Nos quedamos en la habitación y yo lavé mi ropa. Las manchas se aclararon aunque no tanto.

La cuestión es que a pesar de la congelada noche , nos acostamos a dormir con las ventanas abiertas. Mi ropa tendida en un cordoncito enganchado en la ventana. Que noche interminable. No pudimos dormir por el frío. Ráfagas heladas penetraban por la ventana abierta. Además no me quiero imaginar lo que pensaría la gente que pasaba por la calle viendo esas prendas al viento. Pero, qué importancia tenía eso?. Ninguno de nosotros durmió esa noche pensando que podían descubrirnos. Al fin amaneció.

Mi Dios, que noche tan horrible. Fué un alivio contemplar Bariloche desde la ruta. Habíamos salido en punta de pie, muy temprano, antes de que entrara la señora a limpiar el cuarto.

Fué una huida la nuestra, y ahora estábamos lejos del hotel y por fortuna con los diez botellones de zarzamora fermentada, y las cuatro damajuanas, que metimos en el baul, no se como; y que al llegar a Buenos Aires se transformarían en jugo o algo así. Eso ya se vería. Cada tanto bajábamos y tirábamos un poquito ya que

temíamos que al fermentar aumentara el volumen, y reventara alguna damajuana o botella.

Cuando llegamos a la frontera con Chile, ya que no íbamos directo a Buenos Aires, fuimos revisados en el puesto fronterizo "***Los Pajaritos***".

Hicieron una larga lista de lo que llevábamos: valijas con efectos personales, murales, zarzamora embotellada.

-No pueden pasar-ordenó el cabo que hacía la requisa.

El cabo explicó que estaba prohibido exportar frutas de un país a otro.

Remigio, mi marido le explicó que él no conocía esa ley , y el cabo le contestó que ahora sí la conocía. Por suerte se acercó un oficial mucho más humano y comprensivo., cuchicheó algo al oído del subordinado, luego se acercó sonriente.

-Pueden pasar ya que van y vuelven; dejen la fruta y cuando regresen se la devolvemos. Alfredo y Lucas, mis hijos estaban tan emocionados que estrecharon la mano del oficial. Este les devolvió el apretón y les aclaró que eran doscientos dólares, y que fuéramos nomás con muchísima suerte.

Capítulo I I



La Madrina

El mono chato de raso negro se adhiere a la capelina, cuyos anchos alerones bajan a medias sobre los ojos rapaces. El maquillaje cubre apenas las patas de gallo, la estrecha frente, la flacidez de las mejillas.

Las manos carnosas reposan sobre el mantel, donde el perfume de las rosas colocadas en floreros de murano, se mezcla con el aroma de las exquisiteces decoradas en las fuentes.

Los ojos de la madrina describen una órbita; los invitados, la comida y la puerta por donde entrará la novia. Carmela suspira.

Si me parece un sueño, casar a Rosarito, mi niña caprichosa. En eso se parece al Manolo, Pobre Manolo la verdad que el frac le sobra por todas partes."

El derrochador insistía con un frac de medida. Me dio trabajo convencerlo." *La gente bien no usa frac de medida,, eso es para los de la funeraria , o sirvientes de categoría."*

Le dí en el blanco . Manolo recordó sus primeros años en la Argentina Al servicio de unos estancieros, y nos fuimos derecho a Casa Martínez donde nos alquilaron el que lleva puesto. Lo que no le dije al Manolo era que me parecía plata tirada, un frac de medida a la edad del gallego., mañana se murió y lo tengo que vender por unas chirolas.

Los hombres envejecen, en cambio las mujeres como yo tienen cuerda para rato." *Parece la hermana de su hija, los años no pasan para usted, se engalana como una princesa"*. Lo de princesa no me lo dicen por la cara, me lo dicen por las joyas que llevo puestas. Y es verdad porque solo las princesas llevan joyas como las mías. Y que revienten las que dicen ser mis amigas, como esa bruja de fina, que lo único de fino que tiene es el nombre. Fina desde hoy que me mira como para recordarme que me conoció en la feria de Liniers , cuando Manolo y yo atendíamos el puesto de fruta. Lo que la mata es que ella sigue con el puesto, y yo me he convertido en la propietaria de la cantina más popular de la Boca. Bruja no me saca la vista de los brazaletes.

Las enjoradas manos de Carmela tintineaban para por debajo de la mesa frotarse los enrojecidos juanetes.

"Un Yerno con un título, mis amigas se morirán de un infarto" pensaba yo. Pero mi hija Rossi protestaba."Para que quiero un novio adinerado si no me gusta. Lo amo a Fernando y me casaré con él". Yo le dije," flor decandidato, un infeliz, un filosolo. Decime Rossi, cuanto gana un filosofo?

No me interesa lo que gana, me casaré con él, y vos terminalala, mamá.

-Claro qué puede interesarte a vos la plata, si lo tenés todo; comida de la mejor, ropa de marca, paseos ,qué te falta?-Claro-le

dije- vos no sufriste privaciones como yo, por eso no conocés lo que es la miseria.

Y volviendo al doctor Ricardo; que sencillo. La primera vez que vino a casa ya se hablaba de tú con el bruto de mi marido. Además Ricardo es tan viajado, se conoce Espana como la palma de su mano. y es oriundo de la Coruna igual que yo.

Las rollizas manos de Carmela García vuelven a colocarse sobre el mantel para lucir el oro precioso de las 25 simétricas esclavas, por entre las cuales asoma el reloj engarzado con pequenos rubíes. Estos contrastan con el cristalino brillo del gran diamante en el anular.

Aquella vez trantando de convencerla; discutí con Rosario y eso me dejó a la miseria, por eso me fuí derecho a la cama. A las cuatro llegó el Manolo de la cantina .El saludo fué un grunido, y se metió en la cama sin preguntar el porque de mi cara hinchada de tanto llorar.

Se metió en la cama, se dió vuelta y ya roncaba. Me hubiese gustado que me preguntara," qué te pasa, Carmela, por-qué llorás?".Pero no, cuando volví la vista, el gallego se había dormido.

Yo me revolvía de bronca y sin querer queriendo le di un codazo. Manolo se despertó furioso, imaginé sus ojos en la oscuridad , ojos de bruto ,pero enseguida volvió a dormirse.

En algunas cosas Rosario se parece al padre, por el gusto de hacerme renegar, y después pedirme que la perdone. Entre los dos me van a matar.

Alguién había llegado ya que la luz del hall se encendió. Era ella, si Rosario, se despedía a los besos del filósofo. El se fué y ella entró.

"Enseguida vendrá a mi cuarto para pedirme perdón" pensé. Y no me equivoqué. Entró tanteando la oscuridad y se acercó a mi cama.

-Mamá dormís?- me preguntó con voz finita. No le contesté y ella me acarició la cara. Yo ronco, pero ronco para que me escuchen, no como el Manolo que parece un tren que va apurado. Ronco con ese quejido tan seco que ya conocen mis verdugos como el principio de mis ataques al corazón.

Rosario también se lo conoce de memoria. Ricardo mi futuro yerno me aconsejó que me cuiden, no porque mi corazón esté enfermo, pero de tan sensible y ,carinoso se puede enfermar; lo que me matan son los nervios, porque en esta casa cada uno hace lo suyo.

Mi ronquido tan fuerte despertó al Manolo que se incorporó encendiendo la lámpara, me miró con ojos de toro bravo, y me gritó, vieja insoportable, echándome en cara que él trabajaba 14 horas en la cantina, para volver a casa a descansar, y yo no lo dejo.

Cerré los ojos, los quejidos se ahogaban en mi garganta, mi pecho se agitaba, pero esperé que Manolo se durmiera para gemir a gusto. Rosario lloriqueaba, al fin comprendía que ella y su padre, acertaban mi vida. Rossi llora que te llora pidiendo perdón. Y cómo no perdonarla si es mi única hija?. Si ella fuera una perdida , acaso no la perdonaría?

Ahora mis quejidos se transforman en lloro desgarrante, me sale fenomeno. Por lo desesperada y culpable que se siente la nena, creo que es el momento justo, para hablar y convencerla.

Poco a poco , Carmela se fué calmando,se incorporó, se sonó ruidosamente con un pañuelo que sacó de la mesa de luz. Y sin dejar de sacudir la cabeza, sofocada la voz-agregó que no debería nacer aquel cuyo destino estuviera marcado por la fatalidad.

Rosario la miraba sin pestañear, eso mismo lo había escuchado docenas de veces.

- Si -prosiguió, casi pierdo la vida en el parto. Eras delicada, frágil, y no teníamos dinero para consultar al médico. Eramos gringos, hija, recién llegados al país, y. vos qué peste no te agarrabas?

Rosario ya se sentía culpable hasta de haber nacido. Entonces Carmela recordó la escena del porche, y fue al grano. Sí Rosario, si te casás con el filósofo te espera la miseria. Cuanto tengas hambre, cuando sientas frío ,entonces comprenderás cuanta razón tenía tu madre.

-Pero no te parece que exagerás , mamá? Preguntó Rosario en tono carinoso. Fernando es doctor en filosofía ,y traductor, trabajaremos juntos nos haremos un porvenir, ya no te preocupes.

-Pero decime, qué cosa tiene Fernando que le falte a Ricardo.?

Tiene un espíritu exquisito, rebosa poesía.

-Más le valdría tener los bolsillos rebosando dinero-le grité enfurecida, olvidando mi papel de víctima.

-Pero ,qué estás diciendo, mamá?-preguntó Rosario mientras salía corriendo del dormitorio sin darme ni siquiera las buenas noches.

-Rosario, por favor, hijita.

Manolo se volvió a despertar.

-En esta casa ya no se puede vivir, aquí me volveré loco.

Furioso, con la almohada bajo el brazo, se fue al comedor y se acostó en el diván

Los ojos de Carmela García describen una órbita. Los invitados, la puerta por donde entrará la novia. Toma la tarjeta del menú y lee ***La señorita Rosario García contrae enlace con el señor Fernando Ledezma , "Carmela abre la carta "Tortelitis a la maison, pollo a la jardinera, postres helados."*** Por entre los labios color carmín extendidos en una sonrisa, asoma la golosa lengua, dejando al descubierto la perfección de los dientes postizos. Las manos , rollizas, enjoradas, se precipitan hacia la fuente más próxima, en tanto los pies liberados de los pesados suecos se frotan con deleite uno contra el otro.

Capítulo I I



Un cielo en la tierra

Agustín Cardoso, el paisano más incrédulo de Laguna Brava, no creía las historias que se contaban del cura Pedro. Agustín sentía afecto por el viejo parroco de mirada luminosa y zotana zurcida. Iba a la iglesia y recordaba a menudo el final del sermón.

"Hijos la limosna es humillante, cada ser tiene derecho a vivir de un modo decente ,sin embargo mientras no cambie la

conciencia de la humanidad si un niño nos pide pan, ayudémoslo a crecer compartiendo el nuestro."

Aquella noche, en la puerta de la parroquia, Agustín atisbaba la salida del Padre Pedro que oficiaba la última misa de la tarde, ya que después se iría a su casa, detrás de la capilla.

Mientras tanto el muchacho, apoyado en la corteza del viejo tilo, se quedó mirando el cielo estrellado.

-Por la noche el Padre Pedro se va al cielo-decían algunos. Y otros...

-Lo vimos conducido por dos querubines

-No no es cierto-opinaban otros, lo llevaban unos ángeles de la mano.

"Que infantiles" pensó Agustín.

En ese momento salió el anciano párroco, y el joven se apresuró a seguirlo, echándose el chambergo sobre los ojos. Su poncho flameaba al viento, como un pájaro nocturno. Con paso elástico seguía al anciano a una distancia prudente. Esa noche tenía que saber que había de cierto en las anécdotas que contaba la gente.

El Padre Pedro, entró en su modestísima vivienda, mientras Agustín esperaba junto a la ventana. *"Que extraño"* pensó Agustín recordando los comentarios de la gente, dicen que: *"el parroco desaparece durante noches enteras , porque consulta con Dios qué hacer."*

Al atisbar por la ventana, Agustín se sorprendió al ver que Pedro después de cenar su frugal comida, se quitaba la sotana, ataba un hacha a su cintura, se echaba sobre los hombros un grueso poncho y ponía en una bolsa los comestibles que le quedaban. Antes de salir se acercó a la ventana y corrió las cortinas. "Tiene miedo de que lo descubran", pensó Agustín echándose a un costado para que Pedro no lo viera."Pero ...adónde irá?" se preguntó.

Lo sobrecogió ver salir al Padre tan de prisa, cargando la bolsa y oculta el hacha bajo el poncho. De no haberlo visto entrar, no

hubiera reconocido jamás en ese tosco lenador, al suave sacerdote de la capilla.

Lo pudo seguir de cerca camino al monte, ya que las nubes habían oscurecido la noche ocultando las estrellas. Agustín era una sombra más. El poncho al viento y oscuro chambergo. No sería el Padre Pedro un malhechor o asaltante?. Agustín se rió de su absurda especulación mental.

De pronto vió que el cura se arremangaba y sacando el hacha empezó a cortar ramas que reunió en un atado. El viento era frío, y comenzaba a lloviznar. El frío y el miedo agrizaban la piel de Agustín.

El Parroco se dirigió al rancherío más próximo. Y al llegar a una de las destartaladas viviendas, golpeó en la puerta y una débil voz preguntó:

-Quién es?

-El hachero, le traje lena para calentar el rancho-

- No tengo fuerzas, para levantarme ,ni prender el fuego.

-No se preocupe lo encenderé yo.

Pedro entró , encendió el fuego, puso agua a calentar, sacó de la bolsa: azúcar y yerba que dejó junto al desvencijado catre de la enferma , y salió.

Agustín vió al Padre Pedro salir y entrar en ranchos y taperas hasta que se quedó sin lena y la bolsa vacía de víveres.

Cuando la aurora tinó de rosa las aguadas y el canto de los pájaros revivió el monte; Pedro el cura, volvió a su casa. Y cuando intentó abrir la puerta, Agustín le interceptó el paso. Pedro se sobresaltó.

-Qué haces aquí hijo y a esta hora?.

Agustín se quitó el chambergo y le dijo al cura que lo miraba cabizbajo.

-Me has visto Agustín, me has descubierto?.

-Y qué?. sabe lo que dicen de usted por ahí?.

-No Agustín..., qué dicen?.

-Que de noche nunca está en su casa porque se va al cielo.

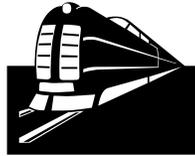
El Padre sonrió:

-Al cielo yo?, que absurdo Dios mio.

-Ya lo creo Padre Pedro, usted no se va al cielo, usted se va mucho más lejos, mucho más allá.

Capítulo IV

Aquellas lindas Chucheras... te acordás?



Si volviese a mi cuerpo carnal , ya no sería lo que fui; pero no puedo, por eso , porque me sobra el tiempo puedo analizarlo todo Antes no era así. En mi negocio de la Avenida Corrientes me pasaba el día controlando la caja, clientas y empleadas (unas chorras...).El negocio me daba bastante. Una tienda donde había de todo desde lo más económico hasta el conjunto de colección. Primero cambié mi departamento por uno mejor. Después vendí mi Citroen, para comprarme un Toyota bermellón. Cualquiera sabe que un auto importado te sube el status. Ayyyyyy... Dios

mío, perdóname tanta estupidez, y no me dejes aquí ,ya que no puedo volver a mi cuerpo que me quité por imbecil.

Me iba bien con la tienda. Trabajaba mucho , pero veía los frutos. Los primeros domingos en el country de San Miguel fueron por demás placenteros. Mientras Julieta preparaba el almuerzo, yo retozaba en la pileta. Después tomaba sol; pero la verdad me aburría. Y lo peor que no sabía porqué.

Por la noche ..., partidas de poker que amenizábamos con cuentos, y hablando de autos, dólares y negocios, sobre todo de importación, pero..., cómo meterme en la trenza?.

A solas me mordía preguntándome cómo hicieron los que tenían la guita. Pero me consolaba mi "*tienda*" y tener a mi edad, la fuerza de un rinoceronte africano. Y ya que hablamos del continente negro, un día se le ocurrió a Julieta viajar a Sudáfrica.

-Sudáfrica, para qué Sudáfrica si tenemos el chalet en el country?.

-Viaja toda la barra, Pablo. Si no vamos pensarán que estamos en la miseria.

Demás está decir, imbecil como era , yo creía que Africa era un continente de salvajes.

Entonces decidí que podíamos viajar a otra parte mejor. Miami, por ejemplo, de donde podíamos traer sinnumero de artefactos electrónicos. Desde un pelador de ajo, hasta ese aparato con tantos botones, que ni sabiamos para que servía, pero estaba barato y lo trajimos igual. Digo esto, porque al volver de Sudáfrica nos fuimos a Miami y volvimos con doce valijas repletas de bellezas importadas y Julieta chocha, porque guardaba en el bolso, la manta del avión que sustrajo en un descuido de la azafata. Y bien contentos con lo adquirido decidimos organizar una reunión. La excusa mostrar las diapositivas del viaje. La intención reventar a nuestros amigos.

Viajar nos gustó, y volvimos tantas veces a los Estados Unidos, hasta reemplazar todo lo nacional por importado y relacionarnos con gente ue estaba en la cosa.

Había pegado el grán salto que yo creía hacia mi consagración pero fue al abismo. Me endeudé hasta la manija con los bancos. créditos que me otorgaron los gerentes a quienes aceité la mano. Dios mío ese era mi lenguaje cuando no era ente puro, cuando el ego reinaba en el cuerpo carnal del cual me despojé.

En esa época me sentía eufórico, y cuando ya no tuve depresiones dejé al psiquiatra.

Solo me atraía la magia de los carteles luminosos de mis sucursales. "Aquí todo importado" "Lo mejor del importado cómprelo aquí" y cosas por el estilo. Al principio todo fué de maravillas. Como vendía, como rabiaban los que no tuvieron la suerte de conocer a los importadores newyorkinos. Muchos amigos, industriales solventes se fueron al tacho, pero yo vendía y vendía. Se cerraban fábricas y yo vendía . Julieta , mi mujer, se hizo tres cirugías: cara , vientre y busto, y parecía tan nina que..., cuando ibamos por la calle, todos creían que era el papá. Pero yo me sentía a gusto y estábamos muy unidos.

La acompañaba a todas partes: desfiles, té-canasta. Otro tanto pasaba con ella. La verdad que su elegancia me hacía sentir muy cómodo. Era un hecho que había triunfado. Las instituciones se disputaban mi persona para los cargos jerárquicos. El Club de Leones, la secretaría general, el Rotary mi incorporación como miembro honorario. El teléfono sonaba ininterrumpidamente. De día controlar mis sucursales , de noche cócteles y amigos que se ofendían si no ibamos.

Se cerraban fábricas y a mí la verdad, me importaba un bledo. Total la importación me iba muy, pero muy bien. Y aunque el poder adquisitivo decrecía yo no sabía ya más que comprarme.

Dios Todopoderoso, perdóname si fuí un suicida, pero con lo sucedido después, qué podía yo hacer?. Eso sí, no me dejes aquí por favor, que mi escencia se congela.

LOS AMIGOS YA NO VIENEN NI SIQUIERA A VISITARME...
NADIE QUIERE CONSOLARME EN MI AFLICCIÓN...

Lo del poder adquisitivo, a la larga también a mí me afectó. Disminuyeron las ventas, y los intereses se comieron ;ganancias y capital. Y yo apesadumbrado observaba los carteles luminosos de mis sucursales que pronto se quedarían sin luz.

Los gerentes de los bancos, al retirarles el aceite, me retiraron el crédito. Ya no me hacían pasar a su despacho con sonrisa de beneplácito destinada a los elegidos. Eran amansadoras las esperas, y..., el diálogo escueto."Imposible, no hay cupo, vuelva más adelante". Yo volvía y las negativas eran siempre las mismas.

Las marquesinas de mis negocios , se fueron apagando una tras otra, confundí'endome y la depresión me ganó. Pero nadie me ofreció su ayuda,. ni siquiera Julieta cuando le pedí que vendiera el auto , las joyas, cualquier cosa. Y los amigos que se ofendían dejaron de llamar por temor al mangazo. Por eso cuando el cartel luminoso de la última sucursal se apagó, y solo quedó la tienda hipotecada, despedimos a la muchacha. Esto no le gustó a Julieta como no le venía gustando prescindir de la gimnasia, ducha irlandesa y demás lujos que se daba, permitiéndole a los cincuenta y tantos mantenerse , joven y esbelta.

Viajar en colectivo acostumbrado al auto, resultaba molesto. Pero la incomodidad no consistía en viajar: parado, sacudido. Lo a margo era encontrarse al bajar con un amigo que te conoció el Toyota bermellón y con una sonrisita sobradora te diga:

-Pablito no puede ser, vos de a pie?. Subí que te alcanzo en mi auto. Lo acabo de cambiar...,te gusta?.

Dios todopoderoso Tú que todo lo comprendes, no me dejes aquí porque antes de convertirme en suicida, ya tuve el infierno en vida.

Cuando mi tienda de la calle Corrientes se desabasteció y ya no me quedaba nada de nada, despedí a la última empleada. Esa noche tímido, pero muy tímido, le pedí a Julieta que me ayudara en la tienda. Y ella fijando en mí los ojos esmeraldinos,

incrustados en su carita planchada, se echó a reír echándome en cara mis fracasos.

EL COTORRO ABANDONADO...

Después asegurándome que una mujer de su nivel merecía vivir de otro modo, hizo las valijas, las metió en el auto y se mandó a mudar, asegurándome que no sonara quedarme con la propiedad. Su abogado era el ave negra más competente de Buenos Aires. Y me quedé solo Señor. Entonces me pregunté de qué me sirvió tanta codicia, si no conseguí un solo afecto verdadero. Me cuestioné si existía el amor, y si yo lo había sentido alguna vez.

Me sentía tan frustrado que comenzó el masoquéo. Me daba manija y las depresiones eran más profundas cada vez. Me quedaba en la cama, no me afeitaba, ni me iba al negocio que se iba en picada, igual que yo.

De vez en cuando algún amigo me visitaba y prometía volver, pero no regresaba. Entonces pensé como último recurso volver a mi psiquiatra, tan humano, tan amable. Un señor de los que ya no quedan.

Una mañana que mis defensas funcionaban, lo visité en su consultorio, le conté mi drama y le pedí que me ayudara. Cuando me sintiera mejor le pagaría sus honorarios.

El facultativo carraspeó, dio una vueltecita por el consultorio, y me contestó con elegancia.

-Mire, Pablo, de sobrarme tiempo lo atendería, pero no puedo porque tengo muchos gastos. Vaya al Instituto Borda. Los consultorios externos son buenos. Y gentil como era me proporcionó la dirección.

Demás está decir que no me fuí al Instituto Borda. Con los últimos pesos que me dieron en el empeño, compré un pasaje, tomé un avión, fué mi último viaje.

Y aquí estoy, Señor esperando perdones a este pobre diablo que ni siquiera tuvo el valor de quitarse la vida en Buenos Aires, como lo hacen tantos arruinados. Yo viajé a un lejano paraje del sur,

trepé un cerro , y desde allí me arrojé a las aguas congeladas de un lago.

Capítulo V

Dos veleros...

ZZZZ

Hacia el olvido

LOS anduvimos buscando desde que llegamos a Chile. Sebastián me los había encargado en Buenos Aires, y a un amigo como él no le podía decir que no.

Comimos locos chilenos , en una cantina cerca de Valparaiso; eran blancos, sabrosos , pero les faltaba el caparazón., y era eso justamenteLo que buscábamos.

Hice cálculos; si consiguiéramos una bolsa podíamos quedar bien no sólo con Sebastián, sino con todos los amigos y familiares. El dinero se nos había esfumado y apenas teníamos para quedarnos dos o tres días, y para nafta.

Volver de un viaje sin traer chucherías quedaba mal. En cambio, con esos caparazones teníamos ceniceros para todo el mundo. Y nos pusimos en campana con Marcelo para conseguir "*locos*"; que aparecieron así de pronto. Había bolsas y más, bolsas , en una callecita cerca del Mercado Central de Valparaiso esperando el camión, que debía pasar a bucarlos. Adónde?, no lo sabía. Lo importante es que Marcelo y yo queríamos la mayor cantidad de caparazones todos los que pudieran entrar entrar en el baúl del auto. Nos acercamos al muchacho que esperaba el camión.

-Se venden?-preguntó Marcelo.

-Sí, cuantas bolsas quiere?.

Las bolsas eran enormes y yo calculé que con una sola llenábamos el baul.

-Una- decidió Marcelo alargando un billete que el muchacho tomó sin replicar.

-Quedaremos muy bien con estos ceniceros, fijate que reflejos tienen, encandilan-dije.

-No exageres- es una manera de salir del paso eso es todo.-
repuso Marcelo.
Pero la verdad que eran muy bonitos.

Al otro día por la mañana nos quedamos en el hotel .Llovía a cántaros y parecía querer seguir, durante varias jornadas más. Sin embargo después el cielo se despejó, y decidimos conocer la costa norte de Vina.

Mientras tomábamos el café, me llamó la atención el comentario de una mendocina que le hablaba a su compañera de mesa.

-Del garage sale un olor a podrido que no se aguanta. Será una rata muerta?.

-Y puede ser.

Me volví instintivamente. Marcelo me miró y esto me hizo sonrojar. Quedaba mal escuchar la conversación de los demás, pero fué inconsciente.

Enseguida me olvidé. Después del desayuno nos dirigimos al garage para buscar el auto. Al llegar el hedor nos golpeó la nariz.

-Qué olor tan asqueroso-advirtió Marcelo, que inaguantable.

-Es cierto- agregué, arrancá rápido que yo abro el portón.

Paseamos a lo largo de la costa. Espléndido sol, y el aire salino que entraba por la ventana hubiera sido agradable, si no viniera mezclado con otro a carrona tan parecido al del garage.

La noche caía sobre los acantilados, cuando decidimos regresar a Vina del Mar. El aire estaba infectado , ya casi no podíamos respirar.

-Son los locos, Marcelo-grité en un raptó de inspiración.

Marcelo que iba pensativo se asustó.

-Qué locos?

-Los que traemos en el baul.

Marcelo frunció el ceno y afirmó:

-Tenés razón , qué otra cosa puede ser?

Como a las cuatro de la madrugada, cuando ya no vimos a nadie cerca del lavadero, nos introdujimos en el garage como dos ladrones, y sacamos la bolsa con los locos para lavarlos bien en la pileta. Demás está decir que Marcelo , delicado como es del estómago se indispuso, y yo lo arrastré lejos de la pileta para reanimarlo.

Dominando mis propias náuseas tuve que lavar los preciosos ceniceros nacarados.

La pileta apestaba cuando salimos con los caparazones enjuagados pero lo mismo malolientes; ya que el hedor se concentraba en la cascarilla que los reubría.

Al otro día ya no se hablaba de otra cosa en el hotel más que del olor. Las mendocinas se fueron porque no lo soportaban, y nosotros "*violín en bolsa*". Remordimiento sentíamos, ya que nos encarinamos con la duena del hotel, una chilena divina. Se lo hubieramos contado , pero nos daba verguenza. Si hubiera sido en casa, me compraba , acaroina o lavandina y los dejaba en remojo, una semana o un mes y al final se iban a limpiar,pero en el hotel..., dónde?.

Marcelo en actitud desprendida decidió tirarlos, y yo me opuse.. Después de tantas viscisitudes, tirar los preciosos ceniceros ,que locura.

Después de pensarlo bastante decidimos lavar los caparazones en el mar.

Para eso, necesitábamos dos palanganas. En el mercado compramos una azul y otra roja.

Entramos en el garage, abrimos el baul y los tuvimos que cerrar otra vez, ya que de mañana había mucho movimiento. Imposible meterlos en las palanganas. Nos fuimos hasta la playa, al menos allí podíamos respirar mejor. Repartimos los caparazones en ambas palanganas, y las llevamos a la orilla. Los pantalones arremangados nos acercamos al agua.

A Marcelo le volvieron las arcadas, y la taréa tuve que hacerla sola. El miraba, sentado sobre una roca. Allí las olas rompían con fuerza por el brusco declive. Era un día frío, pero igual teníamos la malla puesta .

Marcelo no dejaba de dar órdenes. Y a mí que me molesta que me mandoneen le desobedecí y así me fue.

Enterré las palanganas con los locos en la arena y esperé que llegara la ola para enjuagarlos.

-Qué ridículo lo que estás haciendo, el agua tiene mucha fuerza y se llevará las palanganas.

-Si no te gusta, vení vos aca y hacé como te parezca, que yo me siento en la roca.

-No seas cabeza dura, que si no voy es porque me dan arcadas; haceme caso.

Demás está decir que no le hice caso. Enterré las palanganas mucho más cerca del agua y esperé que viniera la ola, que vino con tanta fuerza la maldita, que se llevó

las palanganas con locos y todo mar adentro.

Al tratar de asirlas, me caí en el agua y como no se nadar, Marcelo saltó de la roca y me agarró del pelo mientras otra ola terminaba banándolo.

Y bueno..., en tanto las carcajadas de Marcelo se confundían con el viento, vimos partir desde la costa nuestras dos palanganas roja y azul recién estrenadas, llenas de caparazones nacarados; como dos veleros rumbo hacia el olvido.

Capítulo VI

?

Los Escombros

Ser audaz no quita de ser valiente. Dicen que los chicos son audaces de inconscientes, ya que desconocen el peligro. No es cierto. Yo lo conocía y sin embargo, me arriesgaba introduciéndome en el monte. Un bosque abigarrado que se abría muy cerca de mi casa.

La oscuridad era casi total, ya que las ramas se entrelazaban de tal manera, que la luz no alcanzaba a filtrarse a través del techo de hojas, ramas y enredaderas.

Yo mismo no alcanzaba a comprender que extraño sortilegio me atraía hacia un lugar del monte poblado de escómbros, debajo de los cuales anidaban; alacranes, arañas y serpientes.

Nunca e sido suicida, y el arriesgar mi vida me daba muchísimo miedo.

Mi madre vivía quejándose de que no soportaba mis rarezas, que la hacían sufrir enormemente.

La noche anterior se armó la bronca, porque salí con mi caballo, el Pinto, y no volví a comer. Tantas mariposas lecheras revoloteando por el campo. Me tiré boca-arriba sobre el pasto, y me quedé mirando las nubecitas que formaban figuras de animales. Así me quedé dormido, y al despertar anochecía.

Cuando llegué a la estancia, mamá lloraba desconsolada, y todos en contra mío y..., que si no terminaban pronto las vacaciones, mi madre moriría de un infarto. Y bueno aquella noche no me podía dormir, faltaba un mes casi para que terminen las vacaciones y yo no quería que mi madre muriera por mí., mejor me iba. Adonde no lo sabía. Preparé la valija. El sol mpezaba a tener de rosa las aguadas, pero yo estaba despierto desde mucho antes, pensando adónde me iría. Primero me despediría de los Escombros, y después. Aquel después produjo en mi pecho, un aletéo como de alas rotas, y un suspiro agitó mi pecho quitándome el aliento. Me sobrepuse, salté por la ventana, y caminé vadeando las augadas. Atravecé las alambradas con cuidado, para no lastimarme. Resuelto me dirigí hacia la oscura mancha que alla a lo lejos señalaba la entrada al monte.

Al llegar me pregunté por qué arriesgaba mi vida. Siempre me hacía la misma pregunta y sin embargo siempre me internaba en el monte. Y también esta vez lo hice. Una fuerza ciega me impulsaba a penetrar la región más densa, donde los Escombros se amontonaban frente a mi inconsciencia con hechizo incontenible.

Si hubiera sido un estudioso tal vez tomaría alguna de aquellas piedras petrificadas para indagar su origen. Pero no, yo era un niño asustado frente al peligro, fascinado, atrapado en la hebras

sutiles del misterio. Cerca de los Escombros, la vegetación era casi impenetrable, como si la naturaleza quisiera esconderlos de la mirada del mundo.

Saqué el machete y me abrí paso. Sin embargo al levantar la cabeza sentí un dolor agudo en el hombro. El filo de una rama quebrada rozó mi carne a la altura del hombro.

Seguí la marcha con ganas de llorar a gritos. Y lo hubiera hecho de saber que algún ser humano me hubiera escuchado. Pero mi gemido en el bosque con tantos animales en acecho hubiera sido un riesgo inútil. Me callé. Había llegado a los escombros, que se alzaban frente a mí, indescifrables, extraños. Como el universo y el destino.

Nunca supe cuanto tiempo estuve tendido allí, sobre aquel nidal de serpientes y alacranes. Lo cierto es que ví llegar a la paloma, escuché los golpecitos de su pico detrás mío. Menos mal, porque su presencia me entretuvo, ya que mi situación no era fácil. Mi garganta comenzaba a secarse, la sed me devoraba y todo giraba y giraba cuando ví surgir de entre los Escombros las patas rojas y los ojos redondos de la paloma. Estaban posadas sobre la base masisa de la increíble estatua. El monumento más descomunal que mis ojos de muchacho simple hubieran visto nunca. Además la pureza del perfil del príncipe erigido allí arriba, con sus ojos de diamante incrustados en los cuencos de mármol purísimo, y aquella corona bellísima donde se descomponían todos los colores del arco-iris. Las amatistas, rubíes, esmeraldas, iluminaban la noche sin estrellas.

En ese momento el príncipe miró a su alrededor y vió a su pueblo. Un pueblo reprimido y hambriento, por la codicia de aquellos que dominaban. Y comprendió lo que en su vida nunca había comprendido, porque vivió en un lejano tiempo cuando gobernaba el amor, por eso, él desconocía la injusticia, y por eso también llamó a la paloma. Y yo ví como se elevaba abriéndose paso por entre la maleza, subiendo y subiendo. El príncipe ordenó a la paloma que arrancara con su pico, una esmeralda de la corona, y la llevó a la modesta casilla donde un niño lloraba de hambre y de frío. Y

la ví subir una y otra vez, hasta desmontar por completo , la rutilante corona del príncipe. Solo quedaban los ojos, los diamantes iluminando la oscura noche.

-Quítamelos-ordenó el príncipe y llévaselos al escritor, ese que ves allí ese que escribe la historia de mi pueblo. Toda la historia desde que reinara el amor, hasta el reino del odio despiadado.

-Vamos ánimo, paloma-insistió el príncipe.

Y la paloma vació los cuencos de mármol y llevó los diamantes al escritor.Después bajó y se sentó junto a mí , para hacerme compañía.

Mi frente ardía. Me daba diente con diente. Y en ese momento distinguí el retazo de cielo azul, y la fealdad del príncipe erguido en lo alto; picoteado - maltrecho. Y aquellos que construyeron la estatua lo vieron como yo. Fue por eso que ordenaron reducirla a escómbros.

Yo escuchaba los golpes de los piquetes en el mármol y el polvo cayéndome sobre la cara, sobre los ojos, y escuché el ruido del monumento desmoronándose, convertido en escómbros.

De pronto me sentí renovado, ya no me daba diente con diente por los escalofríos. Una débil luz se filtraba oblicua por entre el ramaje ensortijado del monte.

Ya la paloma no estaba junto a mí. Estaba allá en el cielo muy alto, junto al Señor, con un trocito de escombros en el pico, el mejor regalo que nunca nadie le ofreciera a Dios.

Sumario

Capítulo I

Zarzamora

Capítulo II

La Madrina
Capítulo III

Un Cielo en la Tierra
Capítulo IV

Aquellas Lindas Chucherías

Te Acordas?

Capítulo V

Dos Veleros hacia el olvido.

Capítulo VI

Los Escombros

ad

Otros libros de la autora
Recomendados:

La Llave (Secretos del Conoci
miento.)

Tiempo de Angeles.

El Poder de los valores en
Tiempo de Crisis

j

Ese Sol que Mato el invierno

Cuentos Magicos
Cuentos Jovenes

iiiiiiiiii